

Tomaron por senderos inaccesibles á los caballos, acortaron en línea recta hacia el campanario, y después de dos horas de rápida caminata se detuvieron junto al bosque de Chevagnes, á dos pasos de la fragua.

A quinientos metros de ellos estaba el pueblo.

La *Bigornia* se separó de su marido, diciéndole:

—Sé prudente.

—Nada temas. ¿Y tú?

—Tengo que hacer en el castillo. Se trata de Solange; pero me cuesta trabajo dejarte.

—No tengas miedo.

Ella le abrazó.

—Te amo, Simón, porque eres valiente.

El se encogió de hombros y contestó:

—¡Como los demás!

Se engañaba. Si los demás se hubieran parecido á él, la patria no hubiese perdido nada.

XXII

Los sirvientes no tuvieron tiempo de avisar á su amo.

En un abrir y cerrar de ojos, los recién venidos ocuparon militarmente el parque, la plaza y el castillo.

El cochera y sus caballos fueron enviados á la cuadra; los tres ó cuatro criados de la casa detenidos en el vestíbulo.

Aquellos modestos huéspedes no perdían el tiempo.

Imposible dudar de su nacionalidad.

Las rojas barbas, los largos semblantes, la elevada estatura, todo revelaba quiénes eran.

Frente á la escalinata colocaron dos cañones.

En la avenida maniobraba la infantería.

Desde el pórtico de la capilla, Bidault el vaquero los contaba, riendo burlescamente.

Sobre el césped, destrozando un macizo de rosas, estaba el carruaje que Simón vió en el centro de la columna desde la roca: carruaje ancho, fuerte y confortable, que debió pertenecer á algún burgués rico, y que los alemanes se apropiaron.

Los oficiales rodeaban el vehículo, y cuando se acercaban á él no lo hacían sin quitarse el casco.

Y allí fué, á aquel carruaje, adonde los dos jinetes, al salir de la capilla, condujeron al marqués.

Un hombre de elevada estatura, con la cabeza cubierta por una gorra negra, de forma plana, sin galones, descendió del coche.

Usaba bigote, que era ya gris; la fisonomía no era simpática y sí muy dura.

En cuanto el marqués pudo oírle, gritóle el alemán en mal francés:

—Desolado, querido amigo, pido hospitalidad... La guerra... Tropas de paso... ¿Dónde alojar ese gentío?... Cuatrocientos hombres... cien caballos.

—¡Vos, general!—dijo el marqués.

—Ya lo véis... Estoy bueno... Ninguna herida. ¿Qué hacíais en esa iglesia? ¿Os casábais?

—¿Cómo? ¿Sabéis?...

—¡Os felicito! ¡La novia es superior! ¡Una mujer encantadora!

—Con vuestro permiso, general, os cedo el puesto. Sois el amo. Disponed del castillo.

Los dos hombres no se dieron la mano. Amigos en el gran mundo, resultaban ahora dos adversarios y lo sentían. El uno era el opresor, el otro el oprimido.

—¿Partís?—preguntó el general.

—Al instante.

—¿A dónde?

—A Italia.

—Buen clima.

—¿Teneis carruaje?

—Excelente. Una silla de posta y dos caballos.

—Bien. Yo los detengo.

—¿Decís, general?

—¡Que los de-ten-go! ¿Sois sordo?

—Es una broma, ¿no es verdad?

—No es esta ocasión de emplearlas.

—¡Vamos! Hallareis vinos superiores en las bodegas y en todas partes donde haga falta. Ordenad, tornad lo que gustéis, puesto que sois lo más fuertes. Y adios.

—¡Lo siento! Pero no podeis ponerlos en camino.

—¿Me deteneis tambien á mí?

—Leyes de prudencia... Fortificación bien guardada... Nadie saldrá de aquí antes que nosotros.

El marqués palideció de ira.

—¿Os atreveréis?...

—¡Caramba!

—¡Pero!...

—Si creéis que es por gusto ¡voto á mil diablos! por lo que me paseo por vuestras tierras.

El marqués comprendió que la resistencia era imposible, y se dulcificó algo.

—¿Nos dejareis?...—preguntó.

—Lo más pronto posible.

Acercáronse dos oficiales que hablaron en alemán, y en voz baja, al general.

Este les dijo luego que podían retirarse.

—Todo va bien—repuso.—Los soldados en la plaza, los oficiales en la casa. No temais nada, querido. No somos ningunos antropófagos ¡qué diablo! Se os dejará todo un pabellón para que paseis en él la noche de boda.

Solange presenciaba esta escena á pocos pasos del carruaje y entre los ginetes que les rodeaban.

El general la dirigió una sonrisa de fauno contento.

—A las damas se las respeta—añadió.

—Será preciso, pues, resignarse—dijo el marqués.

—Nada mejor que hacer—contestó Von Gøben.

Los oficiales habian recorrido las filas dando las oportunas órdenes.

En un instante quedó el castillo custodiado por centinelas, y las compañías volvieron á sus puestos.

Las grandes dependencias del castillo quedaron convertidas en cuartel, mientras que

Von Gœben se instalaba en el gran salón.

Feliz por haberse casado, pero furioso ante la invasión de aquella tropa, el marqués, escoltado por dos centinelas, condujo á Solange á su habitación, y fué llevado en seguida al salón, siempre con los mismos guardianes.

El general hallábase tendido en un diván, que los soldados acercaron á la chimenea, en la cual ardían varios leños.

—Marqués—díjole,—no esperábais que yo viniera tan pronto á devolveros la visita, y menos aún al frente de cuatrocientos buenos mozos, fuertes y dotados de gran apetito.

Y añadió, riendo á carcajadas:

—No quiero arruinaros. Encargué provisiones en el Ayuntamiento. Las espero. Os invito en vuestra propia casa. Es raro, ¿eh? ¿La recién casada comerá con nosotros?... ¡Banquete de boda! ¡Festín de Baltasar! ¡Buen cocinero tengo! Juzgareis.

—Eso será, si acaso, después de la guerra, general.

Von Gœben se puso muy encarnado, de rabia.

—¿Por qué no ahora mismo?

La sangre de los Taunay dió señales de vida en las venas de aquel degenerado heredero.

—Porque la marquesa es francesa, general.

—¡Ah! ¡Vosotros también nos guardais rencor! Como gustéis.

En esto llegó el alcalde escoltado por soldados.

El anciano permaneció de pié frente á Von Gœben.

—¿Y bien—preguntó el general,—esos víveres?

—El pueblo es tan pobre, que no puede proporcionarlos.

De encarnado que estaba, el general se puso morado.

—¿Pero, nada?

—El pueblo no está habitado más que por pobres leñadores que carecen de todo.

—Muy bien. Rebelión tenemos.

—En mi cortijo podeis tomar todo lo que resta.

El general dió un gruñido de mal agüero.

—¿Y los pillos que han matado á nuestros dragones?—repuso.

—Ignoro lo que quereis decir.

—¿De dónde son?

—No sé nada.

—Muy bien—repitió Von Gœben.—¿No quereis hablar?

El alcalde calló.

El general dijo algunas palabras á uno de los oficiales, y continuó su interrogatorio:

—¿Persistís?

El viejo Tremor parecía mudo.

—Desde luego incendiaremos el pueblo.

—Como gustéis. Representais la fuerza...

—A las ocho, si no habeis declarado quiénes son los culpables, se os fusilará.

Una sonrisa de resignación pasó por los labios del anciano.

Los mártires, en la exaltación de su fe, debieron sonreír así ante el suplicio.

A una seña, los soldados se lo llevaron fuera.

—No cometeréis ese acto de ferocidad, general—dijo Oliverio.

—¿Quién me lo estorbará?

—Ese hombre nada sabe, y aun cuando lo supiera todo, el honor le impediría hablar.

—Tanto peor para él.

—¿Y el pueblo?

—Lo servirá de escarmiento.

—Sea. Incendiadlo todo, general, el castillo también, pero librad á ese hombre.

Von Gøben, moviendo la cabeza, redonda como una bola de billar, repuso brutalmente:

—No se hable una palabra más del asunto. Exigencias del cargo... ¡Saludable terror!

Es preciso hacer justicia al marqués.

Insistió con energía, al extremo de encolezir á su huésped, cuyos ojos causaban espanto.

—Callaos—gritó.—¡Cada cual defiende su pellejo como puede, diantre!

Oliverio llegó hasta la bajeza.

—Soy vuestro amigo, general.

—No hay amigos, mientras dura la guerra. ¡Después ya veremos! Celebro haberos conocido. Incendiaré la casucha con el resto ese de que me hablaba.

—Por la marquesa—suplicó Oliverio.—¡Triste espectáculo para una noche de boda!

Von Gøben titubeó.

—La tendré bajo llave en su pabellón—

dijo.—Escogeré un sitio donde no pueda ver nada. ¡Favor especial! ¡Y es bastante!..

Cansado de luchar, el marqués se encogió de hombros.

Tuvo que callar á la fuerza.

Quiso retirarse.

Pero él también estaba prisionero, en el salón.

—En rehenes—dijo el general con cierta bondad, no exenta de finura.

Fué preciso quedarse.

En diciembre anochece muy temprano.

Desde la ventana, junto á la cual estaba apoyado, vió el marqués que pasaban soldados en todas direcciones llevando antorchas en la mano; y asistió con indiferencia al saqueo de su casa, porque solo se fijaba en una ventana del ala del edificio ocupada otras veces por Elena, y á través de cuya persiana se veía luz.

Sepamos qué sucedía allí.

XXIII

No pudiendo prever aquellos sucesos, el marqués no había hecho preparativo alguno en el castillo.

El general Von Gøben y su tropa se habían interpuesto impidiendo la realización de sus planes.

Siempre acompañado de la escolta que su amigo le había destinado, hubo de resignarse á dejar á Solange sola en sus habitaciones y volver al salón.

En cuanto él salió de allí, Solange, recojiéndose en sí misma, examinó el lugar donde se hallaba.

Era un aposento inmenso, tapizado de un precioso bordado en oro sobre fondo blanco.

Bastó un fósforo para convertir en una verdadera hoguera la chimenea.

Todo respiraba allí elegancia, riqueza y buen tono.

En uno de los centros de la pared, frente á la chimenea, había un retrato que representaba á una jovencita, de pié, delgada y débil, de melancólica expresión y dulce sonrisa.

Era Elena de Rochevieille.

En el fondo de la alcoba veíase una cama baja, cuya colgadura concluía recogida por una corona, y estaba adornada de encajes blancos.

A derecha é izquierda, tenía la alcoba sus correspondientes puertas; una conducía al salón y otra al gabinete tocador.

Otra puertecilla, á un lado también, comunicaba con las demás habitaciones.

Solange se sentó en un sillón, frente al fuego, y procuró coordinar sus ideas.

Eran confusas, parecían hijas de febril delirio.

Sobre un mueblecito de ébano, colocado á dos pasos, y delante de un reclinatorio, se veía un crucifijo de marfil.

¡Elena se había arrodillado muchas veces ante él, pidiéndole fuerzas para soportar sus pesares!

En un impulso del alma, Solange exclamó:

— ¡Dios mío, ilumíname!

Se había operado en ella un cambio completo.

Su corazón ya no sentía por el marqués la poderosa aversión de antes.

No es esto decir que le amara; pero podía ser insensible á la conmovedora prueba de adoración que acababa de recibir de él?

Exigió que su casamiento se celebrara en Chevagnes, y en parte alguna comprendería mejor que allí la distancia que separaba su humilde cuna de la muy noble de su marido; allí, donde cambiaba la pobre choza en que nació por el castillo en donde acababa de entrar como dueña y señora.

En presencia del retrato de Elena, se acordó de la envidia que mordiera en su corazón el día de la fuga, cuando la heredera, lujosamente ataviada, rodeada de honores y adulaciones, salía de la capilla luciendo el blanco traje de larga cola, mientras que ella se iba, pobre y humillada, muerta de miedo por tener que pisar ese abismo que se llama París, á enterrar allí su vergüenza y ocultar su tristeza y sus lágrimas.

Las cosas habían cambiado.

Ella entraba ahora como reina en esa mansión, de la cual se alejó entonces tan desesperada.

El amor del marqués había salvado cuantos obstáculos les separaban. Por ella desafiaba todas las afrentas; se postraba á sus

piés, sin ocuparse para nada del mundo y sus sarcasmos. En fin, cediendo á sus ruegos, acababa ella misma de encadenarse á él por juramentos, cuya solemnidad le inspiraba un respeto que no se atrevía á despreciar.

Aquel hombre era ya su marido.

Ante esta palabra, su corazón experimentaba cierto sobresalto; todas sus repugnancias renacían con más violencia, ¡y sin embargo, se había entregado!

¡Y cuando él se presentara para reclamarle el cumplimiento de sus promesas, no hallaría más que un cuerpo inanimado!

¿Con qué derecho le iba ella á causar tal desesperación? Cómo resolverse á ofender el nombre que tenía derecho á llevar, y que sería el de su hijo, con el escándalo de un fin misterioso, inexplicable?

¡Y aquel mismo hijo, que se condenaba á no ver mas!

¿No podría, en lo sucesivo, soportar su nueva existencia, aceptando como un sacrificio las pruebas, las obligaciones todas que le repugnara cumplir, concentrando todo su afecto en aquel ser querido, á quien sonreía sin verle?

Exigió que su hijo no fuera al castillo, que permaneciera con la nodriza durante el viaje á Italia, inventando pretextos para justificar su alejamiento.

Luego si lo tenía lejos de sí, es porque temía carecer de valor en su presencia.

Y ahora hubiese querido verle, abrazarle, darle al menos el último adiós.

A cada rato volvía los ojos hácia el consabido pomo, que estaba colocado sobre la chimenea, detrás de una copa de bronce que casi lo ocultaba.

Al pensar en su hijo perdía el valor.

Su imagen la dejaba inerte, y la impedía tomar tan funesta resolución.

Lo que creyó tan fácil en Gué-aux-Biches, le parecía imposible ahora, cuando era preciso pasar del propósito á la ejecución.

La vida tiene tantos atractivos, hasta para los que sufren, que á la desgraciada todo se le volvían razonamientos para convencerse de que era absurdo atentar contra su existencia.

Al fin, irritada consigo misma, se levantó golpeando airada el suelo con el pie.

—¡Dios mío! ¿Tan cobarde soy?—exclamó.

Miróse al espejo.

Estaba lívida y temblando de miedo.

Toda la vitalidad, la energía de su cuerpo joven y robusto, luchaban por su conservación.

—¡Qué difícil es morir!—se dijo.—Y sin embargo, ¿qué hace falta para morir? Un instante de valor.

Un golpe dado á la puerta la hizo estremecerse.

¡Si fuera su marido!

¡Su marido! Oliverio lo era, con todos sus derechos. Ella era su propiedad. Y en un segundo se representó á Román que el día antes la tuvo entre sus brazos, sin que ella hiciera nada por defenderse; Román hacia quien iba su alma toda entera; Román, á

quien tenía ofrecida una prueba de amor.

El también había recibido un juramento.

¿Con cuál debía ser perjura?

¿Con el hombre que la había perdido, ó con el que la había amado tanto?

Alcanzó el pomo con mano temblorosa y aguardó un instante.

Llamaron de nuevo, y una voz dijo:

—Abrid, señora.

Solange respiró. No era la voz del marqués.

Ella obedeció.

Era uno de los guardas para anunciarle que la comida estaba servida, y que su marido, detenido á la fuerza por el general Von Goeben, no iría sino después que hubiesen comido los oficiales.

Ese plazo la hizo dichosa.

Era una tregua de gracia que la casualidad le concedía.

Pasó al salón y se sentó á la mesa. El guarda, mientras la servía, le refirió las disposiciones del general.

El castillo estaba guardado como una fortaleza y puesto al abrigo de una sorpresa ó cualquier otra tentativa.

Un centinela guardaba la puerta de su pabellón. Nadie podía entrar ni salir sin su permiso. Había guardias en todas partes. Estos prusianos no se dejan sorprender fácilmente.

El guarda no estaba muy léjos de admirar tanta vigilancia.

La casa fué invadida; en la cocina encon-

dieron lumbre y luces como para una gran fiesta; en las cuevas no quedó una gota de vino; y después del festin se proponían, como remate de fiesta, incendiar el pueblo.

Solange, en cuanto hubo hablado un momento con el guarda, le dijo que se fuera.

Este no sabía nada de lo del alcalde; así es que nada pudo referirle acerca de esto.

Oyendo hablar al sirviente, no se ocupaba en probar siquiera los manjares que la enviaba el general Von Goeben.

Cuando se halló otra vez sola, asomóse á la ventana, y empujando las persianas hacía fuera, examinó el singular espectáculo que ofrecían las hogueras encendidas al aire libre; y vió, además, muchos hombres de repulsivo aspecto, en cuyo rostro daba de lleno la luz de las antorchas; centinelas por todas partes, inmóviles, envueltos en sus largos capotes, con el fusil al hombro y custodiando á sus camaradas, entregados á los excesos de repugnante orgía.

¿Cuánto tiempo permaneció Solange en aquel sitio, insensible al frío, que penetraba hasta los huesos?

Ella no se dió cuenta.

Y como al fin sintiera los efectos de tan helada noche, cerró la ventana, y entró, tiritando en la habitación.

Una vez allí, sus ideas tomaron otro rumbo.

Se dijo que resultaría muy miserable á los ojos de sus amigos, si faltaba á la palabra que había dado.

Su amor á Román renacia con mayor fuerza.

Su imágen fué la única que permaneció ante ella, borrando las demás.

Se sobrepuso, y destapó el frasco.

—No es más que dormir— pensó—tratando de parecer risueña.

Y, muy lentamente, se lo llevó á los labios.

Estaba de pié frente á un gran espejo que llegaba desde la chimenea al techo.

De repente, y sin volverse, ahogó un grito, y permaneció sorprendida, y con los ojos muy abiertos.

Acababa de ver, reflejado en aquel mismo espejo, un bulto, que parecía un fantasma, saliendo de una de las cortinas de la alcoba, y que se acercaba á ella con un brazo extendido.

Unos dedos morenos como los de una mulata la sujetaron.

Y al mismo tiempo una voz murmuró á su oído:

—¿No te dije que aun cuando no me vieras, yo estaría á tu lado?

Y antes de que Solange se repusiera de la sorpresa, le arrebató el pomo de la mano.

—Sabía que intentabas matarte—le dijo—y te vigilaba.

—¿Cómo habeis venido?

—¡Vaya una pregunta! ¿No conozco perfectamente todos los rincones de esta casa desde hace treinta años? ¿No he estado al servicio de la madre del marqués en estas habitaciones precisamente? He llegado hasta

aquí por la escalera de servicio. El castillo está abandonado. Espera. Otros velan también por tí.

—¿Otros habeis dicho?

—Sí.

—¿Será Román?—preguntó Solange, mirando fijamente á Simona.

—Sí, Román; pero no está solo. ¡Espera!

—¿Soy libre acaso?

—Puedes llegar á serlo.

—No—exclamó con viveza la joven,—eso no puede ser sino por medio de un crimen. Para ser libre no cuento más que con un recurso: acabar con la vida. Devolvedme ese frasco, Simona, os lo ruego.

—¡Vamos! ¿Crees que me he vuelto loca?

—Escuchad, Simona. Tengo miedo. Ignoro lo que sucede, pero vuestras palabras me asustan. No puedo ser libre más que muriendo...

Iba á decir «mi marido», pero esta palabra no quería salir de su garganta.

Sin embargo, al fin, repuso:

—Mi marido. Eso no puedo yo consentirlo, ¿lo oís?, de ningún modo, y le defenderé, por más que lo odie, contra los que tanto he amado y amo todavía. Me perdió, pero ha reparado su falta. Soy yo la llamada á librarme de ese yugo, si es que no tengo la fuerza de soportarlo.

—¿No le amas? ¡Es imposible!

—No, puesto que he querido morir para no ser suya.

—Deja, pues, obrar á los otros, y te repito que esperes hasta el último minuto, hasta el

último segundo. Para acabar con la vida ¿no hay siempre tiempo? La muerte es el único mal que no tiene remedio.

—Y si el señor de Taunay viene, ¿qué le diré?

—¿Quién sabe si vendrá?

Solange no contestó. El acento de la *Bigornia* la daba que pensar.

Los Tremor y los Souvray estaban allí, á dos pasos, presentes é invisibles... ¿Con qué objeto? ¿A qué ir á aquella casa llena de soldados, de enemigos?

Roman Tremor y Roberto de Souvray odiaban al marqués. Les habia inferido sangrientos agravios.

Se acordaba de la noche en que el conde, consternado, llamó á su puerta en la calle de Provence. Aquella noche, Elena de Rocheville fué sorprendida en pleno baile por inesperada muerte.

A través de las discretas palabras de Roberto comprendió, aunque sin querer profundizarla, parte de la verdad.

En el momento supremo en que debía pertenecer al hombre que habia maldecido tantas veces, que la habia ultrajado, que destruyó todos los honestos y tranquilos goces de su vida, la *Bigornia* le participaba que aquellos hombres, unidos por un odio común, velaban por ella, allí cerca, alrededor de su aposento, la noche de boda; y sintióse poseida de vago, pero punzante terror, cual si tuviera que presenciar desde allí, sin poder evitarlo, una escena terrible, cuyo desenlace no

podía ser sino mortal para unos ú otros.

Hubiera querido impedirlo, sacrificándose ella sola, y no sabia de qué medios valerse.

Mientras que todo eso pensaba, sin apartar la mirada del fuego que ardía en el hogar, la sacó de su abstracción el ruido de la ventana al volverse abrir, y luego el que produjo el choque del cristal contra una piedra.

La *Bigornia* habia lanzado el pomo al cesped, y el frasco cayó á los piés de una estatua de mármol, cuya blancura se destacaba en medio de la oscuridad de la noche.

El cristal se destrozó al dar en el granito del pedestal, y la tierra bebió el veneno.

XXIV

En aquel mismo instante, y en el parque, á la salida de las dependencias, la *Bigornia* vió, á la luz de las antorchas, un hombre que pasaba por allí con la cabeza levantada.

Aquel hombre iba seguido de unos cuantos soldados.

Se dirigían hácia el salón.

Y cuando el hombre pasó, más cerca aún, Simona exhaló un grito salvaje.

Acababa de reconocer á su marido.

—¡Simón!—exclamó.

El se fijó en ella y sonrió.

—¡Era él, él! ¡Prisionero!

Quería comprenderlo todo, y no adivinaba nada de todo aquello.

¡El en poder de los soldados!

¡El, el hombre astuto, el cazador más listo